



EL DÍA DE DIFUNTOS DE 1836

FIGARO
EN EL CEMENTERIO*Beati qui moriuntur in Domino.*

En atención á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí (en los tiempos en que yo escribía) que vivía en un perpetuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder también que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte, cuestión en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que así fuese, hoy día de difuntos de 1836 declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He visto tanto,

tanto, tanto... como dice alguien en *El Califa*. Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y así es que al amanecer un día de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan, sucedeme sí que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el día de los Santos, y fundado en el antiguo refrán que dice: *Flate en la Virgen y no corras* (refrán cuyo origen no se concibe en un país tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que sólo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro, un inexperto que se ha enamorado de una mujer, un heredero, cuyo tío indiano

muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Cortes, una viuda que tiene asignada pensión sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto, un grande que fué liberal por ser prócer, y que se ha quedado sólo liberal, un general constitucional que persigue á Gómez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del *Mundo* en la cárcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España, y un rey en fin constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimía y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvía en un sillón de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente, como si fuese mi mal mal de casado, ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis dedos otros tantos gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase más esperanza que en él, ora la bajaba avergonzado como quien ve un faccioso más, cuando un sonido lúgubre y monótono, semejante al ruido de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡Día de difuntos! exclamé; y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiase su propia muerte. Ellas también, las campanas, han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo: ellas también van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ¡santo Dios! que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces á su término; por una reacción natural cuando se ha agotado una situación, ocurrióme de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión... fuera, exclamé, fuera, como si estuviera viendo representar á un actor español, fuera, como si oyese hablar á un orador en las cortes, y arrojéme á la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gómez.

Diríjense las gentes por las calles en gran

número y larga procesión, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores: ¡al cementerio, al cementerio! ¡Y para eso salían de las puertas de Madrid!

Vamos claros, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿fuera ó dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé á ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudían á la mansión que presumen de los muertos, yo comencé á pasear con toda la devoción y recogimiento de que soy capaz las calles del grande osario.

Necios, decía á los transeuntes, ¿os movéis para ver muertos? ¿no tenéis espejos por ventura? ¿ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, á vosotros mismos, y en vuestra frente veréis vuestro propio epitafio! ¿Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta, y que ningún jurado se atrevería á encausar y á condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen.

¿Qué monumento es este? exclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio.

¿Es el mismo un esqueleto inmenso de los siglos pasados, ó la tumba de otros esqueletos? ¡Palacio! Por un lado mira á Madrid, es decir, á las demás tumbas; por otro mira á Extremadura, esa provincia virgen... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo:

Y ni los v... ni los diablos veo.

En el frontispicio decía: «*Aquí yace el trono; nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado.*» En el basamento se veían cetro y corona, y demás ornamentos de la dignidad real. La *Legitimidad*,

figura colosal de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habían divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

Y este mausoleo á la izquierda. *La armería.* Leamos.

Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos. R. I. P.

Dos ministerios: Aquí yace media España: murió de la otra media.

Doña María de Aragón. Aquí yacen los tres años.

Y podía haberse añadido: aquí callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pie decía:

El cuerpo del santo se trasladó á Cádiz en el año 23, y allí por descuido cayó al mar.

Y otra añadía, más moderna sin duda: *Y resucitó al tercero día.*

Mas allá: ¡santo Dios! *Aquí yace la Inquisición, hija de la fe y del fanatismo: murió de vejez.* Con todo, anduve buscando alguna nota de resurrección: ó todavía no la habían puesto, ó no se debía de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las paredes había escrito sin embargo con yeso en una esquina, que no parecía sino que se estaba saliendo, aun antes de borrarse: *Gobernación.* ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes! Ni los sepulcros respetan.

¿Qué es esto? ¡*La cárcel!* *Aquí reposa la libertad del pensamiento.* ¡Dios mío, en España, en el país ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epitafio y añadí involuntariamente:

Aquí el pensamiento reposa,
En su vida hizo otra cosa.

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veían en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿es la de los escritores, ó la de los escribanos? En la cárcel todo puede ser.

La calle de Postas, la calle de la Montera. Estos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados y revueltos, duermen el comercio, la industria, la buena fe, el negocio.

Sombras venerables, ¡hasta el valle de Josafat!

Correos. ¡Aquí yace la subordinación militar!

Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponía el dedo en la boca; en la otra mano una

especie de jeroglífico hablaba por ella: una disciplina rota.

Puerta del Sol. La Puerta del Sol: ésta no es sepulcro sino de mentiras.

La Bolsa. Aquí yace el crédito español. Semejante á las pirámides de Egipto, me pregunté, ¿es posible que se haya erigido este edificio sólo para enterrar en él una cosa tan pequeña!

La Imprenta Nacional. Al revés que la Puerta del Sol. Este es el sepulcro de la verdad. Única tumba de nuestro país, donde á uso de Francia vienen los concurrentes á echar flores.

La Victoria. Esa yace para nosotros en toda España. Allí no había epitafio, no había monumento. Un pequeño letrado que el más ciego podía leer decía sólo: *¡Este terreno le ha comprado á perpetuidad, para su sepultura, la junta de enajenación de conventos!*

¡Mis carnes se estremecieron!! Lo que va de ayer á hoy. ¿Irá otro tanto de hoy á mañana?

Los Teatros. Aquí reposan los ingenios españoles. Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripción.

El Salón de Cortes. Fué casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego.

Aquí yace el Estatuto.
Vivió y murió en un minuto.

Sea por muchos años, añadí, que sí será: éste debió de ser raquítico, según lo poco que vivió.

El Estamento de Próceres. Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un ministerio que dirija las cosas del mundo, no hay una inteligencia provisorá, inexplicable!! Los próceres, y su sepulcro en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincón.

Pero ya anochecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía á muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital toda ella, se removía como un moribundo que tantea la ropa: entonces no ví más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía á cubrirle como una ancha tumba.

No había *aquí yace* todavía; el escultor no quería mentir; pero los nombres del difunto saltaban á la vista ya distintamente delineados.

¡Fuera, exclamé, la horrible pesadilla, fueral
¡Libertad! ¡Constitución! ¡Tres veces! ¡Opinión

nacional! ¡Emigración! ¡Vergüenza! ¡Discordia! Todas estas palabras parecían repetirme á un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del día de difuntos de 1836.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio.

Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no há mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrado! ¡*Aquí yace la esperanza!*!

¡Silencio, silencio!!!

EL PILLUELO DE PARIS

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS

En todo este mes no nos había ofrecido la dirección del teatro del Príncipe más que una novedad, titulada: *Una causa criminal*, la cual reputamos en nuestro corto entender tan mala, que el silencio nos pareció el único juicio que de ella pudiera hacerse. Una intriga más embrollada que el mismo país, y media docena de situaciones tan violentas é inverosímiles como una revolución sin hombres, formaban su tejido. Por tanto la dejamos dormir en paz en el repertorio del coliseo, adonde sin duda ha vuelto silbada y cabizbaja á confundirse con esa multitud de novedades que diariamente se nos dan, y cuya fama no excede la corta vida del cartel que las anuncia.

Pero *Le Gamin de París* es otra cosa. Esta comedia ha producido grande efecto en el país para que ha sido escrita, y su traducción, si no ha llamado gente por la desconfianza que de las novedades tiene el público, ha gustado más de lo que suelen esas composiciones que no están en armonía con nuestras costumbres.

Lo que los franceses llaman *Le Gamin de París* es un tipo original que en ningún otro pueblo del mundo tiene su semejante; producto de la confusión y de la vitalidad de aquella capital, el *Gamin* es propiamente el muchacho de la clase del pueblo que vive, más que en su casa, en las calles y plazuelas, no precisamente haciendo picardías ó aprendiendo para ratero, como entre nosotros se podía decir de los chicos de la candela, sino que vagamundeá, travesá, alborota y crece sólo por su propia fuerza, sin apoyo especial de nadie, sino apoyado en la sociedad toda éntera que le cobija y da lugar entre los intersticios de sus diferentes clases é individuos. El *Gamin de París* no es por consiguiente el Pilluelo, como el traductor ha creído, y más que lo diga Taboada, porque la voz *pilluelo* siempre envuelve una idea mala y alude á un carácter de torcida índole ó viciado, que el *Gamin de París* puede no tener.

Si el traductor conociese *El libro de los ciento y uno*, esa colección de buenos y malos cuadros de costumbres parisienses, no hubiera calumniado de esa suerte al pobre protagonista de la comedia nueva.

La intriga de ésta es fácil de exponer á nuestros lectores. El hijo de un general del imperio, y noble de nuevo cuño, se ha enamorado de una pobre muchacha del pueblo, y, no creyendo poder conseguir su amor si se presenta con su verdadero nombre, pasa á sus ojos por un artista pobre y la seduce. El *Gamin de París*, hermano de la víctima, indaga la verdadera posición del *cuyo*, y cuando sabe que su sangre pobre ha sido deshonrada por la del conde, inventa medios de hallar satisfacción; se avista con el general, y ayudado de una penetración que en nuestras costumbres españolas parece inverosímil á su edad, llega á poner las cosas en términos de que el general satisfaga el honor de su familia obligando á su hijo á casarse con la plebeya hermosura, á pesar del orgullo y de las preocupaciones de clase que parecían separar para siempre los dos corazones unidos por el amor.

Domina en esta comedia, como á primera vista se echa de ver, la antigua lucha suscitada en el siglo XVIII por la filosofía enciclopédica entre el pueblo y la nobleza, lucha amortecida por el despotismo militar del hombre á quien llaman del siglo, porque sujetó al siglo, pero lucha que revivió más viva con la revolución del año 30.

La revolución francesa derribó la antigua nobleza y mató el prestigio hereditario; el hombre del siglo necesitó rodearse de una nobleza por dos razones: 1.^a Porque habiendo dado en el capricho de descender y de trocar su corona de laurel por la de oro, le era necesario adaptarse á la pequeñez humana creándose un palacio, y por consiguiente hubo de alhajarle con todo el ornato y mueblaje de tal, es decir, con palaciegos. 2.^a Porque si el prestigio heredita-

río puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son; están en la naturaleza, donde no existen dos pueblos, dos ríos, dos árboles, dos hojas de un árbol iguales; ni se concibe de otra manera un orden de cosas cualquiera: monarquías y repúblicas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular á la gran ley de la desigualdad establecida en la naturaleza, por la cual un terreno da dos cosechas cuando otro no da ninguna; por la cual un hombre da ideas, cuando otro no da sino sandeces; por la cual son unos fuertes cuando son débiles otros: ley preciosa, única garantía de alguna especie de orden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual ahora como antes, después como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito ó la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad á la multitud para sujetarla y presidirla.

Y esta fué precisamente la única aristocracia que el hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas, cuyos pergaminos había ido hallando cada cual en los campos de batalla.

El autor del *Gamin de Paris*, llevado de la idea favorita de los escritores de su escuela, pone en contraste la pobre honradez de la familia plebeya, artesana y trabajadora, que representa á la humanidad oprimida, con el orgullo, el ocio y el vicio de la familia rica y decorada, que representa el abuso y la tiranía.

Grave cuestión podríamos mover aquí sobre este contraste, base de tan larga lucha: nosotros la decidiríamos en nuestro pobre juicio manifestando algunas verdades que podrían saber mal, pero que no por eso dejarán de ser verdades. Diríamos que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal de que no hay que echar la culpa á nadie sino á la naturaleza de las cosas, á la altura de la civilización á que el siglo se encuentra; añadiríamos que todo abuso fundado en la supremacía del dinero ó de la clase, es un contrasentido, y que las instituciones políticas más perfectas serán aquellas que mejor garanticen á pobres y á ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos; en este sentido nunca tendrá un pueblo bastante libertad.

Pero una vez concedida esta base importante, una vez confesada la desigualdad de fortunas, se nos figura que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no es pereza; en la Europa moderna el trabajo es una puerta abierta á todos para la riqueza;

el talento un camino ancho á todos para el poder. Y después, descendiendo al objeto de este artículo, confesaremos que no vemos que los pobres sean siempre necesariamente virtuosos, y el noble y el rico siempre unos bribones. Nosotros creemos que la pobreza tiene los defectos y los vicios peculiares de este estado, que seguramente no es el más envidiable, así como el bienestar de los nobles y los ricos tiene los suyos.

Si la ociosidad hace malo al rico, la necesidad hace malo al pobre: si el aristócrata es ambicioso, intrigante y seductor de mujeres, el pobre suele ser ladrón, bajo y embustero; todo está, pues, compensado, y ya sería tiempo, si viviésemos en un siglo de ilustración, como tan petulantemente se pretende, que comenzasen los hombres á ser justos y á no echarse en cara unos á otros parcialmente, no sus defectos, sino los defectos del hombre en general, según la situación en que se encuentra.

Nuestro Cervantes, que felizmente no floreció en el siglo de la ilustración, es decir, de la hipocresía y de la mentira, en el siglo de las caretas políticas y de las sonajas al uso de los pueblos, decía en alguna parte, hablando del pobre, *si es que el pobre puede ser honrado*.

Bien es verdad que Cervantes en el día con toda su profundidad filosófica acabaría proba-



blemente por ser deportado á Canarias, *por sospechoso de desafecto*, en atención á que, si mal no nos acordamos, decía también en otro lugar de sus escritos, hablando del andar en coche, *que todo otro andar es andar á gatas*; frases bastantes para dar la medida de sus aristocráticas y criminales aficiones.

FIGARO DADO AL MUNDO

Et resurrexit tertio die.

Pasion según los evangelistas

En punto á pasiones estoy ¡vive Dios! por la de nuestro Señor Jesucristo: óiganme los que no sean sordos, esto es, los que no sean ministros, y quiero ser diputado para estas Cortes y aprobar las medidas desmedidas, si no me dan cuantos me lean la razón.

Recorramos las demás pasiones. Si la ambición es algo, es en gracia de suponerse que el que llega á mandar á sus semejantes (si el que manda tiene semejantes) les es en mérito y talento superior; por consiguiente en España es preciso ser muy modesto para ser ambicioso.

No quiero hablar de la avaricia. Pasión de ricos. ¿Qué más quisiéramos nosotros que poder ser avaros? Pero para guardar algo es preciso tener algo.

No digo nada de la envidia. Francamente. Mirémoslos despacio unos á otros. ¿A quién tener envidia? ¿Qué es ganga aquí? ¿Ser empleado? Un empleado es como camisa de pobre, que tira todo lo más de domingo á jueves. ¿Ser propietario? En España todos tienen su viña á orillas del camino. ¿Tener ejecutorias de nobleza? Es como poseer papel del Estado. ¿Ser liberal? Tal cual teniendo casa en Canarias... ¿Ser ministro? Es casi mejor ser liberal. ¿Ser escritor? Es mejor ser ministro, como es mejor ser gato que ratón.

En una palabra, es preciso no tener sentido comun para tener envidia en España.

Entremos con el amor. Pero esta no es pasión, que es tontería, y si fuera pasión, sería la que más se pareciera á la de nuestro Señor Jesucristo.

Dejemos en paz las demás pasiones que no hacen á nuestro propósito; yo doy la preferencia á esta última, porque de las demás he oído decir que han llevado á muchos al sepulcro, y si bien la de nuestro Señor Jesucristo no tuvo en eso mejor fin que las otras, le encuentro al menos la ventaja de ser la única de la cual una vez muerto se resucita al tercero día.

Estoy decididamente por aquel género de muerte de que se resucita: para no resucitar no vale la pena de morir; de suerte que cuando en mi último artículo quedaba en el cementerio, me hallaba precisamente en el mismo caso

que aquel de quien se cuenta que reconvenido porque oía con raras muestras de alegría un sermón de Pasión, respondió: «Es que estoy en el secreto.—¿Qué secreto?—Toma, repuso, en que ha de resucitar al tercer día.»

Yo que me conozco, que sé mejor que nadie hasta qué punto soy capaz de vivir en un cementerio, sabía también que había de volver, como mi Divino Maestro, á juzgar á los vivos y á los muertos.

Héme aquí de nuevo saliendo de entre las tumbas, impasible como un muerto; sacando la cabeza por entre las ruinas como un secretario de la Gobernación; impalpable, imprendible, inconfiable, como cuerpo glorioso, y no dándoseme nada por nada, como alma de barbero; bacía debajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes que en vida y en muerte traté; y navaja en mano, buscando barbas que hacer, como tienen el estilo los más de los oradores del día; pásese me el sustantivo por adjetivo en la actual confusión de cosas, para que pueda haber juego de palabras, juego inocente en un país donde se juega á la bolsa y á las conspiraciones descubiertas.

Regañón y mal humorado en mi primera vida, dábame al diablo por cualquier cosa; después de salido del cementerio, héme ya otro hombre, determinado en lo sucesivo á darme al mundo en lugar de darme al diablo. En mi entender es un error decir que cierra uno el ojo cuando baja á la tumba; el cementerio me ha abierto los míos: convencido de esa verdad, juro á Dios, á fe de Fígaro, que no les deseo á los que nos dirigen otro mal, sino que aprendan más de lo que saben, y ruego á Su Divina Majestad en consecuencia que les haga pasar por unos cuantos años de cementerio. Hombres además tan amigos de la igualdad como de sus discursos parece, y tan desiguales en todo de los demás, como de sus actos consta, han menester para igualarse con ellos pasar por ese aprendizaje, si es verdad, como comúnmente se dice, que la muerte lo iguala todo.

Los filósofos cristianos han llamado unánimemente al mundo un valle de lágrimas; á ningún mundo viene más de molde esa lacrimosa